

Esto no son vacaciones

Fabio Desio Suárez

6º de E.P. "A"

Alessandro Knight estaba seguro que Barcelona no iba a ser de su agrado. ¿Un adolescente de 13 años en un viaje familiar, sin amigos, sin su novia? Bahhh, tonterías...

Pero lo que él no sabía era que su familia, de procedencia ítalo-americana, le había dejado un secreto de lo más peculiar. Tampoco tenía ni idea que su hermana Chiara, su novia Emma, e incluso, su perro Eros tendrían mucho que ver con lo que estaba a punto de pasar. Pero esto solo es el comienzo.

Era un horrible día de vacaciones. El cielo tronaba amenazante, las primeras gotas de lluvia descendían poco a poco. Minutos más tarde el agua caía copiosamente golpeando furiosa los frágiles cristales de las ventanas. Al no haber albor alguno, los relámpagos reflejaban en el cielo un festival de luces.

Mientras iban hacia la estación de Atocha, Alessandro notaba como la gente se le quedaba mirando. Llevaba una vestimenta extraña, para todos menos para él. Solía ponerse una sudadera negra con una calavera un poco estrambótica y unos vaqueros caídos. Pero era un chico normal, sobre todo con sus amigos y su novia. La verdad es que la relación con Emma estaba siendo de lo más satisfactoria. Intentaba pasar con ella todo el tiempo posible y se sentía a gusto a su lado.

Ya en el tren se acomodaron en sus asientos, pensó que el viaje no iba a ser tan malo como le parecía al principio. La comida estaba bien y pusieron una película bastante entretenida, basada en la vida de un jugador de fútbol que a él le encantaba.

Llegaron a la estación de Sants, donde una señora les esperaba para llevarles al piso. El apartamento era limpio y espacioso, con muebles de buena calidad y se respiraba un aroma afrutado y húmedo. Desde la ventana del salón se veía La Sagrada Familia enfrente, muy cerquita, y el monte Tibidabo a la izquierda.

Después de colocar la ropa, Alessandro miró el móvil por si tenía algún "WhatsApp" de Emma. En vez de eso se encontró un mensaje de un tal Nikolai, que decía:

TENEMOS A TU CHICA. ENTRÉGANOS EL COLGANTE. CUANDO LO TENGAS LLAMA A ESTE NÚMERO Y TE DAREMOS INSTRUCCIONES. NO INTENTES LLAMAR A LA POLICÍA NI SE LO DIGAS A TUS PADRES, SI NO ELLA MORIRÁ. ESTÁ AQUÍ, EN BARCELONA. NO REGRESSES A MADRID

TIENES 48 HORAS. TIC TAC TIC TAC.

47:59:59

Alessandro empezó a hiperventilar, no sabía qué hacer, no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Quizá su hermana supiera algo. Y aunque no debía arriesgarse, no tenía otra alternativa.

Se dirigió a la habitación de Chiara para contarle lo sucedido. Se la encontró como siempre, tumbada en la cama y escuchando la música de uno de sus grupos preferidos en el MP5 que le regalaron por su decimoquinto cumpleaños. Al ver la cara de su hermano, se levantó de un salto:

- Hola Chiara. ¿Qué tal?-, preguntó Alessandro apenado.

- Bien -, respondió Chiara extrañada- ¿Te pasa algo?, te noto raro.

- Esta mañana...-, Alessandro le contó lo ocurrido.

- Alessandro es hora de que sepas algo-, dijo Chiara- Tal vez te cueste creerlo. [...] El colgante del cual te han hablado es una joya familiar valorada en mucho dinero. Aquel colgante lo hizo Leonardo Da Vinci como regalo a un antepasado nuestro, con quien mantenía una estrecha relación. El colgante fue pasando de generación en generación hasta llegar a mí. Es el que llevo siempre puesto. No me digas que no lo has visto nunca –decía Chiara mientras le mostraba la joya.

- Vale, pues dámelo, rápido. Tienen a Emma.

- No, Alessandro. Sé que es muy importante para ti pero es demasiado precipitado. Debemos idear un plan.

En ese momento saltó un nuevo mensaje en el móvil del muchacho:

*DONDE LAS LUCES DIBUJAN COLORES ENCONTRARÁS UNA PISTA
QUE TE ACERCARÁ UN POCO MÁS A ELLA.
SOY UN AMIGO, NO TEMAS*

La cara de los dos hermanos era todo un poema. No sabían a qué se estaba refiriendo. Pensaron en las luces de las fuentes de Montjuïc, pues la habían visitado hace cinco años. Pero no podía ser, el espectáculo era solo los fines de semana y hoy era lunes. El que le mandó debía saber que no estaban activas. Solo les quedaba un lugar: el templo de La Sagrada Familia. Allí las vidrieras llenaban de luz y color el espacio de una forma especial.

- Papá, mamá,... ¿no habíais cogido entradas para la Sagrada Familia? – preguntó Chiara.

- Si hija, las tenemos para dentro de una hora. – Respondió su padre.- Nos vamos enseguida. Quiero que veáis primero todo el exterior. Merece la pena. La otra vez que lo visteis eráis pequeños. No sé si recordáis lo majestuoso del entorno. Y él seguía hablando y hablando y hablando... Y ellos desesperados. Emma secuestrada y su padre no paraba de contarles cosas sobre la maravillosa y alucinante Sagrada Familia.

- Vámonos ya, papá, por favor –dijo Alessandro.

- Vaaaleee. Llamo a tu madre, a ver si está preparada y nos vamos.

Anduvieron hacia la Sagrada Familia. Eran solo cinco minutos pero a Chiara y a Alessandro les parecieron eternos. Pasaron del exterior. Sí, muy bonito y todo eso, pero allí no veían luces por ningún sitio. Así que entraron deprisa y corriendo. Se quedaron conmovidos. Hacía tiempo que no veían algo tan alucinante. Las luces de las que hablaba el mensaje se encontraban allí, coloreando el suelo como si fueran pinceles. Rastrearón por separado la Basílica en busca de alguna pista. De repente, como si fuera un avión, apareció volando hacia él un trozo de papel y aterrizó justo en las manos de Alessandro. Desdobló lo que parecía un mensaje y lo leyó:

CERCA DE LA SALAMANDRA SE ENCUENTRA LA MUJER QUE LAVA

Ahora sí que estaba confuso. Alessandro llamó a su hermana y le enseñó la nota.

- Chiara. Mira esto. ¿Qué crees que significa?

- Ya sé a qué se refiere. Tú eras más pequeño, pero la salamandra está en el Parque Güell y si no recuerdo mal había un Pórtico donde se encontraba una estatua de una lavandera. Puede ser eso. Solo hay una forma de averiguarlo. Vamos a ver cuándo papá tiene previsto que vayamos al Parque.

El padre les dijo que tenía entradas para mañana por la mañana y que esta tarde iban a ir al Mercado de la Boquería, a pasear por Las Ramblas y, si daba tiempo, a dar una vuelta por el Barrio Gótico. El mercado era enorme y tenía un montón de productos de muy alta calidad, y aunque sus padres les habían comprado unos batidos de frutas deliciosos, no consiguió levantarles el ánimo.

Esa noche Alessandro tuvo pesadillas. No pudo parar de imaginarse a Emma con una mordaza, sujeta a una silla y las manos atadas en la parte de atrás. Chiara no tuvo mejor suerte. Se levantaron ambos con dolor de cabeza por culpa de las pesadillas. Después de tomar el desayuno se les quitó el dolor, a lo mejor es que necesitaban comer algo. La noche anterior apenas habían probado bocado, ante la extrañeza de sus padres.

Tomaron el metro hasta Vallcarca, una estación cercana al Parque Güell. Les costó encontrar la entrada, era un lío de caminos, pero al final llegaron a ella y una vez en el interior sus padres les permitieron dar una vuelta solos con la promesa de no salir del recinto. Se apresuraron a buscar la salamandra. Estaba en la Escalera Monumental y tenía unos colores muy vivos. Pero ni rastro de la mujer que lava. Preguntaron a uno de los empleados y les indicó que seguramente se referían al Pórtico de la Lavandera, que estaba un poco más arriba. Les enseñó algunas fotos del folleto. Tenían que atravesar la Plaza de la Naturaleza y en la salida de la izquierda encontrarían lo que buscaban.

Hacia allí se encaminaron como una exhalación. La gente se sorprendía al verles correr sin admirar ninguna de las maravillas del Parque. Llegaron hasta la estatua y notaron que había algo raro: tenía un pañuelo blanco atado al cuello y eso no estaba en las fotos que les había enseñado el señor. Alessandro lo cogió, lo observó con cara de asombro y Chiara le preguntó:

- ¿Qué pasa? ¿Qué es?

- Es el pañuelo que regalé a Emma el año pasado por su cumpleaños. Mira, tiene aquel corazón que le cosí. Me lo guardaré. Ahora buscaremos a papá y a mamá, nos estarán esperando.

- Sí, tienes razón -, contestó Chiara. – Se está haciendo tarde.

Antes de irse, Chiara vio que la estatua tenía algo en la falda, era otro mensaje. Esta vez decía:

*VERÉIS EL AGUA CAER Y UN GRAN CASTILLO EMBELLECER
CUANDO MENOS LO ESPERÉIS, TENDRÉIS A EMMA OTRA VEZ.*

Alessandro que había visto todo le preguntó:

- ¿Adónde tendremos que ir ahora?

- Al Castillo de Montjuïc, creo.

- Pues allá vamos. Espera un momento. ¡Oh no! No podemos ir hoy, papá ha quedado con un amigo. ¡Qué rollo!

Pasaron el resto de la tarde pensando en lo extraño que les parecía encontrar todas esas pistas sin saber nada más de ese tal Nikolai. El plazo se acababa. Solo les quedaba un día para hallar a Emma.

A la mañana siguiente se levantaron rápidamente y le preguntaron a su padre que cuándo iban a ir al Castillo de Montjuïc. El respondió que en un par de horas, pero que si tenían tantas ganas, que se fueran ya, puesto que habían terminado de desayunar. También les dijo que se llevaran a Eros, pues no había salido mucho en los días anteriores. Y eso hicieron. Cogieron el metro hasta la estación más próxima al castillo, que en este caso era la de Espanya. Una vez allí, tenían que subir un montón de escaleras para llegar arriba. Eros estaba feliz. El poder pasear con sus amos hacía que no parara de mover la cola.

- Oye Alessandro. Y los padres de Emma... ¿No se han extrañado de su ausencia? ¡Qué raro!

- No están. Se fueron de viaje de negocios estos días. Emma y su hermano se quedaron solos.

- Entonces, ¿Dónde está el hermano? ¿Dónde está Luca?

- Pues ahora que lo dices...

Muchas cosas quedaban por descubrir y muy poco tiempo para hacerlo. Debían darse prisa. Era necesario encontrar a Emma cuanto antes y poner a salvo el talismán.

Llegaron hasta el final de las escaleras donde se podía observar el impresionante castillo. Los jardines de los alrededores daban al lugar un toque de elegancia. La caída del agua por las cascadas y la imagen de las fuentes ofrecían una acogedora tranquilidad. De repente, Eros empezó a tirar de la correa. Parecía que quería llegar a un lugar determinado. Así que los chicos le siguieron. Olfateaba todo sin cesar hasta que se paró frente a un árbol. Entonces Alessandro observó como en una rama, no demasiado alta, había algo distinto, algo que no debería estar ahí. Era una tela blanquecina y, dentro, enrollado se adivinaba un papel. Le costó un poco alcanzarla y cuando la abrió apareció otra nota:

*DONDE LOS PUEBLOS SE UNEN PARA QUE TODO EL QUE QUIERA LOS PUEDA OBSERVAR,
LA RESPUESTA AL PROBLEMA TENÉIS QUE HALLAR.*

- Ya sé dónde está ese sitio. Solo puede tratarse del Pueblo Español –dijo Chiara.- ¡Vamos!

- Pero creo que hay que pagar la entrada. Y no tenemos dinero suficiente – dijo Alessandro.

- Buscaremos cómo entrar, no te preocupes. ¡Sígueme! ¡Vamos, Eros! Estamos muy cerca.

Los dos hermanos llegaron al Pueblo Español en menos que canta un gallo y, como muy bien había dicho Alessandro debían pagar una entrada. Así que bordearon la muralla que lo encerraba intentando encontrar alguna alternativa. Al final lo lograron y una vez dentro vieron una plaza central que conducía a varias calles. Optaron por ir hacia la derecha, observando atentamente todo lo que había a su alrededor.

Les llamó la atención un taller de alfarero, sobre todo porque que Eros iba directo hacia allí, como si intuyera algo, así que se dispusieron a entrar. El hombre que estaba dentro no se extrañó de la presencia de los chicos. Es más, parecía como si les esperara.

- Ah. ¡Ya estáis aquí! Me dijeron que debía entregar un paquete a dos chicos que vendrían con un perro. Me dieron la descripción, así que creo que seréis vosotros. Alessandro y Chiara ¿no es así?

La cara de ellos era de estupefacción total. No se esperaban nada de eso.

- Sí, somos nosotros –dijo Chiara algo extrañada, aunque lo que habían vivido últimamente no era muy normal.- ¿Qué tiene el paquete?

- No lo sé,- dijo el alfarero -, no lo he abierto. Me dijeron que no lo hiciera.

- ¿Quiénes no te...? –, antes de que la dejara terminar la frase, el alfarero dejó el paquete en el suelo y acto seguido salió por la puerta con paso acelerado.

Ambos, asombrados, cogieron el paquete del suelo y lo abrieron. Incomprensiblemente, contenía un teléfono móvil bastante primitivo. Lo examinaron con cuidado, observando todas sus funciones. Alessandro se dio cuenta que en los contactos solo aparecía un número. Llamó a ese número y, sorprendentemente, tras unos segundos de espera, se escuchó la voz de Emma al otro lado del teléfono:

- ¿Si, dígame? –dijo Emma.

- ¿Hola?- preguntó Alessandro.

- ¡Alessandro!, ¿Eres tú? ¡Cuánto tiempo sin escucharte!

- Emma, ¿Estás bien?

- Sí. Ahora sí que estoy bien.

- ¿Dónde estás? ¿Estás aquí? Dime dónde estás e iré a buscarte.

- No, estoy en Madrid. Sí, ya sé lo que estás pensando. Un hombre me amenazó diciéndome que no podía ponerme en contacto contigo porque si lo hacía te meterías en unos problemas muy serios. Me dio un móvil nuevo y me dijo que tenía que esperar a que me llamaran a ese número y contestar. Tengo muchas ganas de volver a verte.

- En un par de días estaré de nuevo contigo.

Pi, pi, pi, pi... La comunicación se cortó. La batería se había agotado, pero por lo menos sabía que Emma estaba a salvo.

Regresaron al apartamento donde ya estaban sus padres. Por el camino se dieron cuenta que todo había sido demasiado fácil. Era extraño. Emma estaba bien y el talismán seguía en el cuello de Chiara. Había algo que no encajaba.

Por la noche, cenando con sus padres, escucharon en la televisión una noticia que les resultó familiar. Había sido desarticulada una banda que chantajeaba a los ciudadanos con el fin de apropiarse de sus joyas, sobre todo antiguas. Había sido posible gracias a una acción conjunta de la Policía de Madrid y Barcelona, con la ayuda de un agente secreto que estaba pasando unas vacaciones con su familia en Barcelona. Decían también que era una banda del este de Europa, donde uno de los integrantes se hacía llamar Nikolai.

Ambos miraron a su padre incrédulos descubriendo una sonrisa en su rostro. Y dijeron a la vez:

- Papá. Creo que tenemos que hablar.

- Y yo creo que estás minivacaciones han sido inolvidables para vosotros.